

LA CAMPANA DE PALO

Periódico
Mensual
de
Bellas
Artes
y
Polémica

Cajilla de Correo 218

N.º 15

BUENOS AIRES, MAYO DE 1927

10 Cts.

DESPIAU

DOS muchachos, escultores uruguayos, Severino Pos y Germán Cabrera, durante una temporada que estuvieron en París, visitaron el estudio de Despiau, uno de los más grandes artistas de Francia, y quien, aislándose en una soledad bienhechora y en un silencio fecundo, labra su vida con la misma serenidad y belleza como modela y esculpe su obra. Verlo junto a sus creaciones es llegar a la constatación que una y otra se trasuntan fielmente en un ambiente de depuración y de sublimidad.

Los dos escultores uruguayos escribieron un largo y jugoso artículo, intentando relatar las emociones y la fuerte impresión experimentada en su visita, el cual fue publicado en "Revista de Artes", revista montevideana dirigida por Luis Falcini.

Las interesantísimas declaraciones, que durante el curso de ese trabajo, hace el maestro francés, noble émulo de Maillol y de Bourdelle, merecen que se divulguen porque, además de sostener algunos problemas plásticos de actualidad, pueden formar la substancia de un catecismo ético y estético.

Ahí van los extractos principales de esa especie de reportaje. Los visitantes inquieran el origen de la iniciación artística del escultor francés y sus relaciones con Rodin, y escriben:

«Cuando Despiau habla del gran Rodin expresando su admiración, lo hace dejando ver en cada una de sus palabras un respeto y un amor que indican que no sólo ha sido su maestro, sino también su amigo. Este caballote era de Rodin, nos dice de pronto, y lo mira como a viejo camarada.

No nos habla mayormente de la obra de Rodin. Sigue relatándonos su propia vida, y más que ella misma, su obra entera. Nos muestra conjuntamente sus primeras obras y las últimas. Sólo difieren en madurez, pues plásticamente puede decirse que su obra de hace veinte años es tan fuerte como la de hoy. Le decimos: —Monsieur Despiau: bien puede usted exponer sus últimas obras junto con las primeras: éstas no desmerecerán en nada junto a las otras. ¿No lo cree usted?

—Sí, es cierto, y ello se debe a que yo he seguido siempre un camino recto, nunca he titubeado. He sentido la vida y así la he expresado, modestamente, sin intención de deslumbrar a nadie y sin dejarme arrastrar por las distintas corrientes propias de toda época. He sido completamente sincero y verídico. Nunca busqué por medio de fórmulas el valor de mi escultura, sino viendo la naturaleza con todo amor, tratando de expresar lo que mis ojos veían y mi corazón sentía. Mi camino es: construcción plástica, proporción y armonía. La armonía en la plástica es tan importante como en la

música; es necesario dar con los tonos relativos.

—¿Busca usted, desde un principio, el carácter en sus bustos?

—No; primeramente busco la construcción, las grandes masas, la armonía, la luz... Lo otro vendrá luego, si lo primero está conseguido. Plástica, siempre plástica; eso es todo. Antes de hacer los ornamentos, debemos levantar los muros.

Y agrega: —Yo no amo la literatura en la escultura; hago lo que me veía, la vida como

se nos presenta, sencilla, pura... Un desnudo o una cabeza, sin ningún movimiento brusco, sin retorcimientos, es suficiente para poder expresar el más alto grado de plástica y de sentimiento, y sólo con pequeñas variaciones del movimiento tenemos mil motivos de expresión.

Al mostrar sus obras, las pone a prueba con las luces más ingratas, pero no desmerecen. Después de mostrarnos un desnudo que aún lo trabaja en yeso, lo colocó al lado de la reproducción de un magnífico torso griego. No perdía nada de su valor; al contrario, se podía comparar las dos pujanzas, representativas de épocas tan distantes pero hermanas en robustez plástica.

Cuando Despiau muestra sus bustos o sus desnudos, no es modesto; se entusiasma delante de sus obras y, mientras las acaricia para mostrar estas o aquellas variaciones, exclama: «¡Qué hermoso es desde este punto de vista! Miran este aplomo, miran este juego de luz, es a tranquilidad, este abandono...» Y gira en torno de su obra, acompañado del nuevo espectador. Ama su obra; ella es su vida, su todo. No puede sentir temor de que su obra falle de ningún punto de vista, puesto que él ha sido terriblemente exigente consigo mismo, no abandonándola hasta hacer ver cada milímetro cuadrado, como él mismo dice.

—Nunca me miento, nunca dejo que los valores sean conseguidos casualmente; mi obra es como es porque así la he deseado.

Y con ello consigue la tranquilidad del hombre que lucha sin perdonarse; jamás tendrá de qué arrepentirse.

Ese es el más grande y el más justo premio que la vida reserva a los grandes hombres.

Le decimos: —¿Con qué simplicidad consigue usted los grandes valores? —Sí; en la plástica debemos llegar a expresar con lo menos lo más; hay que desahogar todo manierismo, toda complicación; hay que ser simple, pero no simple en el sentido que lo ha sido un escultor francés, director de la Academia Francesa



en Roma, que he tenido ocasión de conocer, que de tan simple no decía nada.

Nuevamente Despiou ríe:

—Para llegar a la simplicidad, es necesario, en el curso de los estudios, pasar por lo complejo. Ello no es cosa fácil y por cierto son muchos los desrazonamientos y sufrimientos que se pasan, pero no debemos ambicionar en llegar de primera intención, y ello para bien de nosotros mismos, pues si siempre conquistásemos los valores que deseamos, perderíamos la pasión, al igual del jugador que siempre gana.

—¿Qué piensa usted del arte de hoy, de los «modernos»?

—La mayoría de los artistas de hoy—responde Despiou—están marcados, han caído en un caos. Hoy se juega a quién es más moderno, a quién presenta obras más extravagantes para destacarse de los otros. *Hacen como las modistas; están con el último figurín.* El arte no es eso. Por mi parte, nunca he pensado en

terminar, cómo aborda la Naturaleza. Insiste en que las proporciones y los aplomos son cosas esenciales, que no debemos olvidar. Y precisa:

—Trabajo siempre teniendo en cuenta las verticales y las horizontales.

Luego, si viendo el curso de sus inquietudes, se dirige hacia un trabajo en ejecución, lo destapa y deja al descubierto un hermoso retrato de mujer. Se vis a transformó al maestro en otro hombre: giraba a su alrededor; lo po-

Delante de otra de sus obras, uno de nosotros se acercó con el afán de analizarla. Despiou lo detiene con estas palabras: La escultura no tiene olor, es para ser vista de lejos, agregando esta advertencia: Tenga en cuenta que para hacer estas cosas hay que trabajar muchos años y es necesario, además, no olvidar que nunca se debe imitar. Ante la respuesta de que ese movimiento no obedecía al deseo de imitarlo, sino más bien a una necesidad de comprender, como nos ocurre frente a los antiguos, nota-



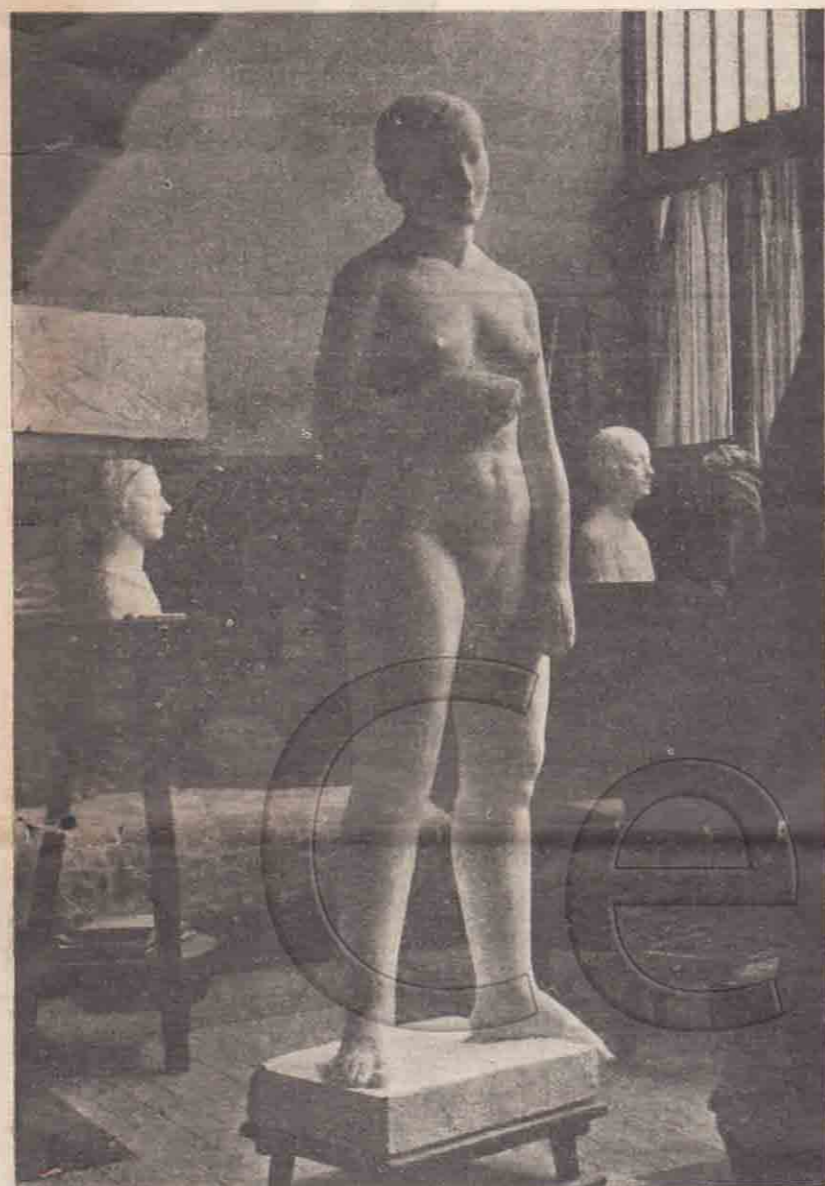
El escultor Despiou

querer ser ni moderno ni antiguo; sólo he vivido mi siglo y he trabajado siendo completamente sincero, sin pensar jamás en la manera de conquistar fama, pero sí en la manera de conquistar valores en mi escultura. El trabajo sincero y el medio ambiente os conducirán a ser modernos, pero el querer serlo por que sí, deliberadamente, no conduce a nada. Trabajar, trabajar siempre con tenacidad, amor y sinceridad. Indudablemente que hoy hay artistas tan buenos como en cualquier otra época del arte, pero ellos son muy contados. Esos son los que siguen un camino recto, sin titubeos y sin deseos de espantar a nadie; trabajan porque sienten necesidad de expresar, porque viven apasionadamente, comprendiendo su época. Por lo general éstos son los que aparecen últimos en la «escena», pero una vez aparecidos es para quedar por siempre en pie, mientras que las tendencias calculadas y formalistas se desmoronan.

El maestro vuelve a su obra y nos confía, pa-

nia en distintas luces, y con la mano a distancia comparaba proporciones, mientras se quedaba revelándose sus luchas:

—Tan hermoso modelo y no puedo conseguir lo que quiero. Cuando me enfrento a un retrato espero que él me hable y me mire. Es así cómo consigo tanta verdad. Espero que actúe, se mueva y viva conmigo; lo contrario es hacer escultura por escultura.



Eva Despiou

mos que el maestro que labra su isfecho.

Ya habían sonado las doce y media y nos dirigimos a la puerta. Al querer abrirla, cierta nerviosidad nos impedía el manejo de la llave, y ésta nos quedó en la mano. Entonces Despiou tomó el picaporte y suavemente abrió la puerta, despidiéndonos con un: Nunca hay que ser violentos, hagamos las cosas con calma... París, Enero, 1927.

la acción de desear toda la pedantería ridícula de cualquier comentarista, se trata, como hemos dicho, de un homenaje verdaderamente honesto.

El 14 se llevó a cabo la primera audición de abono en la que se ejecutaron un cuarteto de Schubert y el cuarteto de Honneger, ambos para cuerda.

El hecho de hallarse en prensa la presente edición no nos permite hacer el comentario que desearíamos.

JUAN CARLOS PAZ

En las librerías "El Bibliófilo" y "El Ateneo" encontrará "Zegoibi novela humorística" en su edición especial a un peso.

Las taras de la literatura actual. - Una encuesta.

LA revista francesa *Les Marges*, por intermedio de Ernest Tisserand, abrió una encuesta sobre las taras de la literatura actual. Respondieron 114 escritores, académicos, profesores y editores. Algunas de estas contestaciones merecen ser divulgadas—como la de Henry Barbusse, que hoy reproducimos y de otros que lo haremos después.

He aquí la interesante encuesta: «Después de 1918, el espíritu de industrialización se ha extendido de más en más, hasta dominios que podrían parecer los menos industriales: la literatura, entre otros.

Pero la literatura no es completamente industrial; a ella, simplemente, se le han transmitido enfermedades nuevas, sin contar vicios y ridículos desconocidos hasta ahora.

Esas enfermedades serían:

1.º Los premios literarios que corrompen a escritores y editores. Si su origen es muy anterior a 1914 (primer premio Goncourt: 1903), su «industrialización» data de la guerra.

2.º La publicidad literaria. Un editor que no inscribe en su debe tres veces más por publicidad que por derechos de autor, no cuenta: sus libros se menosprecian. La crítica más independiente no resiste por sí sola al llamado del lanzamiento; también, el público no pide más que talentos reales, pero es atraído, sean buenos o malos, por los libros que brillan.

3.º La boutiques literarias. Los cenáculos inofensivos y los pequeños cafés no existen más. Ellos eran muy desinteresados. Han sido reemplazados por las recepciones, los magazines y por las casas de té, donde todos los comercios se ejercen bajo el pretexto de la literatura.

4.º El capitalismo de lapicera. Que los editores luchan entre ellos a golpes de publicidad, pase. Pero los no profesionales, hoy, lejos de ser los elegantes amateurs de los que nuestra historia literaria se enorgullece, luchan con todos los medios de que ellos disponen (capital y relaciones) contra aquellos que viven esencialmente de su pluma, y contribuyen a agravar el mal de la publicidad denunciado más arriba.

5.º La explotación comercial de los vicios más abyectos o de movimientos de conciencia que deberán ser los más secretos, da esta oscilación de la moda entre la inversión sexual y la conversión religiosa.

¿Las taras que acabamos de enumerar son verdaderas o imaginarias? ¿Conoce Vd. otras? ¿Podemos extirparlas? ¿Cómo?»

Respuesta de Henri Barbusse:

Henri Barbusse nos respondió en un folletón de *L'Humanité*:

«Son verdaderas esas enfermedades, Ernest Tisserand. Su exposición es perentoria. Usted muestra leal y crudamente la realidad.

¿Si existen otras? Sin duda, hay otras más. Está el monopolio de la información literaria, y de la crítica por ricas casas reaccionarias que filtran y seleccionan con un espíritu perfectamente retrógrado, el producto intelectual para el público.

Para citar un ejemplo, *Les Nouvelles Littéraires*, la más importante gaceta literaria, olfateando la antecámara del ministerio y aún de la sacerdotía. Es una especie de negocio de objetos de piedad, que recomienda especialmente a su clientela, el neo-catolicismo o el tomismo. Esta sucursal mundana de *La Croix*(1) cita en cada página de cada número a Jacques Maritain o Henri Massis(2) y los engrandece hasta hacer gentes de importancia a esas personalidades pequeñas e insignificantes. Y empuñe las líneas que consagra a la gran idea revolucionaria que se propone transformar hoy las bases del mundo...

Les Nouvelles Littéraires está sostenida, aparte de abundantes contratos que fija en sus páginas afiches negros, por la casa Larousse, grata a las autoridades oficiales y sensatas, y editora del famoso Diccionario que es un signo monumental de los tiempos; al amparo de una posición adquirida y opulenta, la firma Larousse viola oprobiosamente, en detri-

mento de toda probidad científica, el primer deber de una enciclopedia de esa naturaleza: la imparcialidad.

Existe también en la patología literaria contemporánea, el mal gusto, el prestigio de la moda y de la acrobacia, la manía del detalle, la fobia al conjunto, el odio a las ideas generales; la cirugía a golpes de alfiler.

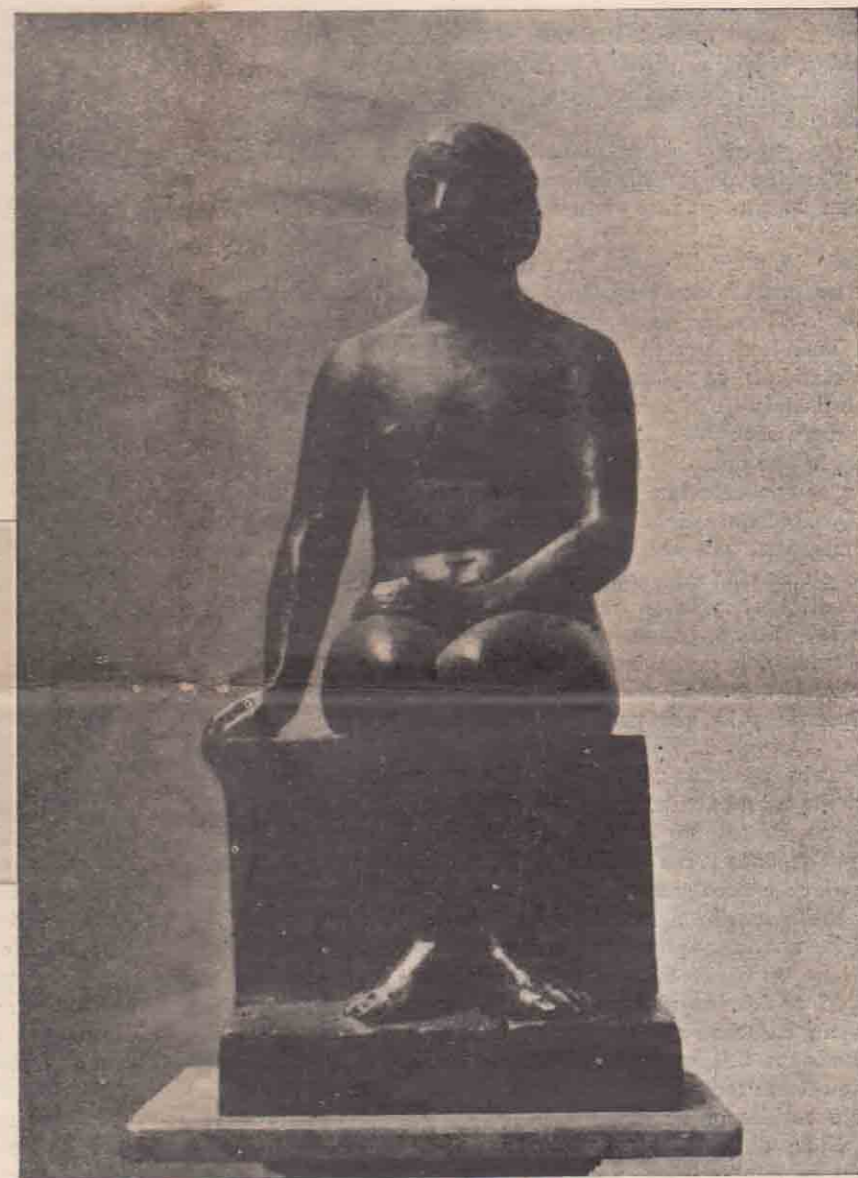
Y todo esto que enumeramos usted y yo: organización de los éxitos gestionados, de los falsos renombres, difusión metódica de las ideas capciosas y nefastas, explotación del snobismo y de la estupidez, deformación y perversión, todo esto tiene la misma causa original y la enunciación de motivos de *Les Marges* indica

penden de los ministros y los sillones de que disponen las Academias y las jiras de exportación al extranjero del alma francesa oficial, a saber, la reacción y el oscurantismo francés.

Es muy natural. La literatura se explota como cualquier otra cosa. Está colonizada, inclusive ella, por los hombres de negocios y de dinero que están situados en la cima de la mecánica actual y que colonizan igualmente, los terrenos de al lado: el teatro, el cine y la radio.

Los males de la literatura no son más que la forma pintoresca de los males de la época. ¿Remedios? No existen en el orden actual de cosas.

Que no se nos hable de pafativos ingenuos,



Despiou. - Desnudo

es a causa explícitamente: es la corrupción del capitalismo.

El capitalismo, comercio supremo, industria de las industrias, necesita publicidad. Le hace falta una ideología, una leyenda, una circulación moral. Allí hay medios de ponerlos en acción, de sofocar las voces adversas, de destruir el concurso de la independencia y de la dignidad. Procede de acuerdo a su sentido de los negocios poniendo la mano en todos los comandos—es decir, en el mecanismo total—de la vida literaria. Moviliza las inteligencias como moviliza, si se ofrece la ocasión, las conciencias, los hombres o las mercaderías.

Como toma parte ligado a los gobiernos que son en todas partes del mundo, excepto en Rusia, instrumentos efectivos de conservación social y política, asistimos en el dominio llamado autónomo de las letras y de las artes, a una Feria que no es una de las menores curiosidades de la época. Se ven brillar en ella los ojos de la especulación y del azoio, las decoraciones, los premios y los laureles patentados, el reclame de la propaganda oficial, la distribución de los puestos ventajosos que de-

de pequeñas rebelías honestas que se desvanecerían a los pies de una organización tan formidable como la que hoy fabrica aún la historia a su antojo.

¿Declararse en guerra contra esto? Veo en ello empeñar algunos esfuerzos penosos o risibles de bolicheros alzándose contra la concurrencia devoradora de las grandes casas.

Nada de eso. Cambiémos las causas si queremos cambiar las consecuencias. Si queremos que una parte cualquiera de la vida pública sea clara y justa, transformemos la sociedad burguesa en la comunidad de los hombres. En una sociedad normal, podrá ser cuestión de armonía productora y de dignidad personal del productor.

Pero en ésta... en ésta, Ernest Tisserand, los literatos no serán capaces de decirle todo lo que ellos piensan: ¡es muy necesario vivir!, y la verdadera contestación a su encuesta, usted deberá leerla entre líneas».

(1) Decano de los diarios clericales.

(2) Escritores católicos militantes.

Sociedad del Cuarteto



ANUNCIA para este año la ejecución de obras de Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Schumann, Brahms, Franck, Honneger, Turina, Fauré, Ropartz; «Concertino» de Stravinsky, «Respetti e Strambotti» de Malipiero, dos serenatas de Yonjan, «Sonatina» de Menú «Tre canzoni para canto y cuarteto» de Pizzetti.

Realizó en el corriente mes dos audiciones en «Los amigos del arte». En la primera, el martes 7, se hizo el homenaje más honesto que

se haya hecho a Beethoven; no consiste en la ejecución de uno de los cuartetos de que se acostumbra a echar mano en estos casos, y que son más Haydn y Mozart que propiamente Beethoven, según ignoran aún casi todas las agrupaciones de música de cámara que actúan entre nosotros; se ha elegido en cambio el número 15, uno de los tres grandes cuartetos del maestro, y, cosa inaudita, no habría comentario ni explicación alguna.

De modo que por la calidad de la obra y por

Acerca de algunas aventuras del espíritu



Bien pronto hará dos años, cuando recibí una visita de la que conservo un punzante recuerdo.

Era un joven de una veintena de años, de mirada inteligente, quizá demasiado móvil. Poseía una frente aérea, cejas impacientes, así como dos animales cautivos, una nariz afilada, una boca carnosa, ancha y palpitante.

Le vuelvo a ver, sentado frente mío, del otro lado de la mesa, iluminado por la franca claridad de una lámpara de trabajo. Su rostro intentaba disimular un malestar vecino a la ansiedad. Respiraba como haciendo un esfuerzo.

Pertenecía a esa generación de jóvenes a quienes la guerra les había profundamente trastocado la formación moral. Como tantos otros se hallaba poseído de la furia destructora. Con mucha más rapidez que otros, había disciplinado su furor, y para otorgarle una carrera, se arrojó entre los grupos revolucionarios que entonces se agitaban a la sombra de las escuelas.

Salía de esa experiencia, malcontento, más perturbado que nunca, pronto a la adopción de las resoluciones extremas.

—No saben lo que quieren—refunfuñaba al terminar de narrarme su aventura.

—¿Y usted—le pregunté—sabe lo que quiere?

El joven no contestó en seguida. Su mirada vagabundaba por la pieza, lejos de la lámpara, en la sombría zona, donde a duras penas, se divisaban muebles, retratos, libros. Luego esa mirada regresó al círculo de la claridad: se apega a ella, con la energía de un naufrago que encuentra la tabla salvadora. El joven sacudía su cabeza de arriba abajo y murmuraba:

—Yo sé lo que quiero. Yo quiero un cuerpo de doctrina.

Nada más conmovedor que esa confesión; nada más razonable que ese deseo. «Que, tengo veinte años; comienzo a hallarme en plena posesión de mi alma. ¿Dejaré que mis facultades se desenvuelvan al azar? ¿Erraré eternamente de aquí para allá, a merced de mis impulsos, de mis instintos? ¿Habrá de pesar, sin pesas, medir sin metro, juzgar sin regla? Yo no podría contentarme solamente de aspiraciones. Es una ruta bien determinada que yo quiero. ¿Sensibilidad, inteligencia, voluntad? Deseo saber de antemano lo que debo sentir, lo que quisiera pensar y lo que puedo querer. Pido pues un cuerpo de doctrina».

De este modo pensaba mi visitante, hace dos años, una noche, bajo el claror de mi lámpara.

¿Qué se hizo de él? Se lo diré en seguida. Permaneció muchos meses sin proporcionarme sus noticias; después me hizo saber que se había entregado en cuerpo y alma a cierto partido político, que entre nosotros se parece mucho a las fuerzas ofensivas de la reacción.

Ese partido, no dude, posee un cuerpo de doctrina, y ese cuerpo de doctrina tiene su coherencia. En el orden político y en el orden religioso adoptó posiciones absolutamente definidas; intenta restablecer la monarquía católica, que este país conoció hace tres siglos. No se detiene solamente allí, pues su doctrina comporta en estética, en moral y en metafísica todos los corolarios que usted se puede imaginar.

Ese partido retiene en su seno espíritus cultivados y escritores de gran mérito. Nada de verdaderos poetas, nada de almas generosas y radiantes, nada de inteligencias creadoras. Pero sí abogados instruidos, retóricos sutiles e insolentes dialécticos.

Poseen el culto de la fuerza, y su conducta es consecuente con su doctrina. No pudiendo usar abiertamente la fuerza, ya que después de todo no representan dentro del Estado más que una minoría querellante, hacen del insulto un empleo andaz, y logran, por la amenaza y la intimidación, gobernar a los gobernantes. Es necesario tener un alma bien pura y una vida bien limpia para resistir esa clase de agresiones.

A propósito de cualquier cosa, instauran un proceso que ellos llaman sus «referencias». Detrás de ellos les queda muchos siglos de literatura. Uno se puede asombrar de verlos tan prestamente y tan a menudo, recurrir a las invectivas, puesto que los argumentos literarios no les faltan; no tienen más que tomarlos a manos llenas en el pasado, ya que todo lo que ellos quieren decir ha sido dicho, y todo lo que desean hacer ha sido hecho.

El arma al puño, montan la guardia en las gradas del templo, donde, según su decir, fué depositada el arca santa. Que el templo esté vacío, que su doctrina se asemeje a una luciente pompa de jabón, he ahí lo que su orgullo no podrá imaginarse.

Acogen de muy buen grado los espíritus desamparados que, como el de mi visitante, reclaman un cuerpo de doctrina. Acogen los jóvenes en la edad de las angustias. Todos aquellos que se hallan externados de buscar su verdad y de edificar lentamente su certidumbre pueden solicitar a los jefes de ese tumultuoso partido, una certidum-

bre ya hecha y una verdad irrompible. Con el desembolso de una cotización se le entregará todo eso, a más del diploma, insignias y carnet de identidad.

El éxito de ese partido ha sido muy grande entre el mundo intelectual, donde el coraje no está siempre a la altura de otros méritos.

Al examinar de cerca una doctrina tan coherente y tan completa, aparece como el resumen de una época fenecida, el testamento de un régimen caducado. Solamente un cadáver se deja diseccionar de este modo, desarmándose pieza por pieza. Cadáver, cadáver y nada más.

Las teorías no determinan las grandes aventuras del espíritu; ellas las coronan. Cuando la doctrina se consolida es que el experimento terminó. Verdades venerables. Verdades desdeñadas.

¿Desea un ejemplo? Lo tomaré en la historia de la literatura:

Es ya costumbre inveterada presentar a Boileau-Despréaux como el organizador de la victoria clásica. ¿No se le llama *el legislador*, o según la definición que Saint Beuve presta a Luis XIV, el «controlador general del Parnaso»? Y bien, esta definición me place sobremediana. No se controla sino lo que ya está hecho. Provocar es otra cosa, y controlar otra diferente. Se lo manifestaré en seguida, me encanta Boileau. Mi juventud le desleñó, y mi edad madura le frecuenta. Es un espíritu robusto, un crítico poseído de pasión y de nervio. Juzgó su época. Y posó la última piedra del edificio.

Nació en 1636, el año del Cid. Publicó su *Arte Poético* en 1674. Ese «Arte Poético» es el testamento del clasicismo, no su carta magna. Despréaux no es un profeta, es un historiador. En 1674, Corneille compone «Suréna, general des Parthes»; se halla en los 38 años; dijo todo lo que tenía que decir. El mismo año Racine, se encuentra en la plena posesión de sus facultades, y escribe la *Iphigénia*; nos dará todavía «Phédre», y se retira a un silencio que precede al silencio definitivo; casi concluyó su carrera. Un año antes de 1674 muere Molière; La Fontaine publica sus seis libros de *Fábulas*. Respecto a los pequeños poetas líricos, a quienes Boileau maltrató, están a punto de callarse. Desde el año 1655 que vió aparecer a Regnard hasta el año 1671, no nació en Francia un solo poeta digno de ese nombre; es decir, entre los hombres que tenían veinte años cuando el *Arte Poético* se publicó, a duras penas se puede hallar un honesto estadístico. En 1771 una nueva nidada. Es J. J. Rousseau que viene al mundo. Detrás suyo, La Motte-Houdart, Piron... ¿Qué? ¿Son esos solos los discípulos de Boileau? No sé. Parece que Boileau, miembro de una familia ilustre, se durmió sin dejar una posteridad espiritual. Citaré una vez más a Saint Beuve: «Boileau, envejecido ya, juzgaba que el buen gusto estaba echándose a perder, y declaraba a quien quería escucharlo, que la poesía francesa se hallaba en plena decadencia. Cuando murió, el 13 de marzo de 1711, hacía mucho tiempo que se había descepcionado, respecto a sus contemporáneos y de sus sucesores».

La verdad, en ello, no se percibe el jefe de clan, ni el alegre magister, sino más bien al comentar apenado. Y no obstante, Boileau poseía un cuerpo de doctrina.

Es bastante excusable replicar con algunas fechas y con algunos datos a quienes, en el propio interés y debido a sus caracteres de espíritu, les indujo a abusar del método histórico. Pero volvamos a nuestro primer objetivo.

El espíritu se percibe muy bien del camino cuando lo recorrió. El espíritu deja tras suyo, orden y claridad; mas para quien avanza en la sombra todo es confusión. Para progresar, escoge un método que corregirá y perfeccionará incesantemente; encontrándose vigoroso arroja el sistema, la sistematización, que no es más que la caricatura de todo método. Desde el momento que se detiene a codificar su obra, es que se halla al cabo de su esfuerzo. Cuando termina la osificación del esqueleto, el organismo no crece más.

Pienso en mi visitante del pasado, y siento que mi corazón se contrae emocionado de simpatía hacia él. El vigésimo año de un joven es maravilloso y terrible. Reclama un «cuerpo de doctrina». ¡No! Lo que debe dársele, es un instrumento y una luz.

Una pequeña lámpara y un pico... ¿En esto consiste toda nuestra generosidad?

Sin duda alguna. Y nada más. Toda doctrina posee algo de sepulcro. Entre la teoría, la muerta certidumbre, de un lado y del lado opuesto, la duda activa, la búsqueda aventurera, no hay que vacilar. Conpadezco a aquel que en la aurora de su edad no escucha el llamado de lo desconocido, de lo ignorado, y pide un dogma, un nicho adonde acostarse y dormir.

Visitante de una noche, te reveo, con tu mirada demasiado móvil y tu alma insaciable. Te reveo y te veré a menudo en mis sueños. Ojalá puedas haber encontrado, en las horas de la toga viril, ese reposo que el espíritu valeroso sólo encuentra en la muerte.

(FIN)

GEORGE DURAMEL

Nueva exposición de la actual poesía argentina

Rabón —

El boliche baqueano de todos los ponientes
Cantó un réquiem campero al porrón de ginebra.
En las cuatro gargantas se ahogó un suspiro [flaco].
La cara de los criollos soliviantó una pena.

Los naipes, en la mesa, bien amontonaditos.
El patrón, gringo zurdo, de miró en el patio
Mirando con cachaza de bolichero viejo
A quién le tocaría empalmar con el gasto.

La oscuridá del campo se aclaró en un envido
Que frustró la cautela de un no quiero prudente.
¿Como para agarrarlo con veintitres de copas
Y un cabeceo de chúcaro mal sujeto al palaqueo!

Por fin, la porotada los avenció al bueno.
Nueve a nueve quedaron para la última vuelta.
Las caras de los criollos de puro preocupadas
Se pusieron de pronto tirantes como cuerdas.

La primera y segunda, mano a mano, de firme.
Luego se cortó al aire, soberbio, un siete bravo.
¡Retruco! ¡Quiero, maula! Y cayó como un bolido
—lindo fin para el truco del Juicio—! As de [Bastos!

Caja —

Insisto en mis redondillas
con el arraigado afecto
de todo el que es un perfecto
redondeador de cuartillas.

Y ellas,—como lo supones—
lo agradecen con tal fe,
que en solo un año cobré
dos mil colaboraciones.

Mercedes —

¡Las camisas de fuerza necesitan
alegría de azules monogramas!

En esas celdas
el 16 se siente Napoleón
y quiere conquistar de nuevo el mundo
sobre el torpe caballo de una escoba.

Río de gozo,
¡El infeliz no sabe
que Wellington soy yo!

El bemo! —

¿Música? ¿Por qué no? Música buena,
como la buena música andaluza.
Mi humanidad, eléctrica e ilusa
ha bailado ayer noche en la verbena.

¿Es de tango esa música que suena?
¿Es una rubeniana cornamusa?
¿O es que perdido en tanta semifusa
escucho en todo un canto de sirena?

SEGUNDO GRAN CONCURSO

A quien adivine el nombre del autor de los párrafos que, se leerán a renglón seguido, le regalaremos un hermoso aro, con su palillo correspondiente:

“Historia del Arte en la Argentina”

La tradición de un pueblo, larga o breve, asiste en el grado del progreso alcanzado, según que la aptitud acompañe por origen, derivación o intercambio de ideas, o por contacto del más capacitado que hace gravitar el peso generoso de la ideal infiltración para mejorar su vida.

En la antigüedad, los recursos transmisores, por así decirlo, fueron escasos, y las fuentes o focos de civilización se desparpararon con el ejemplo en la limitada extensión de las tierras vecinas y fecundas, a través de rumbos explorados



Las siguientes composiciones no fueron incluidas en la Antología compilada por los Sres. Pedro Juan Vignale y César Tiempo. Presumimos que el motivo de esta omisión ha sido el de la falta de espacio. A modo de reparación —un poco tardía— para los distintos poetas damnificados, LA CAMPANA DE PALO se complace en ofrecerles el lugar de esta página.

¡Qué bien zumba, a lo lejos, la colmena!
Pero no es un zumbido. Es una rusa
balalaika que el tímpano rellena

con sus notas esclavas. ¡Qué confusa
queda el alma bambolea y difusa
del que bailó una noche en la verbena!

Programa eglógico —

Esa moza fornida y galana
de curvadas caderas graciosas
condimenta mi tarde serrana.

¡Alegría! Ya que ella lo quiere
le diré tres metáforas bíblicas;
Esta noche, a las diez, que me espere...

Kabila —

Ayer empué los zuecos
tafileteados de oza
que con mañas y embellecos
robaba una vez a un moro
conocido de Marruecos.

Ahora, descalzo y sin sueño,
lloro por el triste día
sin su zueco kabileño.
¡Ay Mahoma, de este empeño
no me desempeñaré!

Balada para las niñas que serán poetisas —

La reina Raquel entreabre una jaula dorada
de donde se escapa un tuacán con un premio
municipal en el pico.

Los loros del bosque complican una algarabía
[de porcelana rota
y perforan en la jornada de ocho horas la cor-
teza de los boababs.

En el cocotero más alto
cuelgan como un fruto los veinte billetes del
[premio tercero.

y de la navegación que amplió la marcha del acontecimiento.
El obstáculo de distancia se ha ido abreviando con la imprenta, el riel y el telégrafo, la perfección naval y la últi-

La reina Raquel regala a los vientos de siete
[colores
un suspiro desgarrado y kilométrico
que inclina hacia el suelo las ramas de los
[plátanos gigantes.

II
La reina Raquel se ha convertido en una casa
[de consignaciones

y ha de dormir durante muchas lunas
acompañada hoy y mañana y siempre
por los multiplicados reyezuelos del bosque
hasta que llegue un Rey que esconda
debajo de las pieles de tigre que mullen su
[lecho de amor
el tuacán resfriado que lleva en el camarote de
[su pico
los veinte billetes del premio como veinte poemas!
Leopoldo Marechal

Fe —

Creo en Dios, en la nube, en el secreto
del cielo azul no azul; creo en los dones
de la naturaleza, en el soneto
y en Leopoldo Lugones.

Pileta —

Agua
En la vertiente ondula la de la tabla de lavar
a
g

Todo el jabón campana
se deshace en burbujas de alegría.
Desde el amanecer hasta la noche
lavadero cristiano
friego las ropas múltiples del mundo.

Aniversario —

Con júbilo infantil y dulce como
el de un niño extasiado ante una cebra,
en el cuartel de mis tropas de plomo
la fiesta del balero se celebra.

Camarera de café —

Rebeca, más café. Sirve sin prisas
y no me vengas con tu eterna historia.
Sirve café, o si quieres, achicoria.
Voy a la procesión como a la misa.

Rebeca, sirve más. La avariciosa
madama se llevó la azucarera.
No importa; endulzaré la taza entera
con tu curva sonrisa de glucosa.

El pito del sereno ha enmudecido.
Pero el silencio ha sido sorprendido
por un grito estentóreo de madama

que te trata peor que a un viejo trasto.
Atiéndela, querida. Ve a la cama
y trae, después, para pagar el gasto.

Raúl González Tuñón
NOTA.—Del libro próximo a aparecer “Si non è vero...”

¡Protestemos!

PROTESTEMOS por la prisión de Juan Carlos Mariátegui y la clausura de Amauta.

El valiente intelectual peruano ha sido preso por la policía del tiranuelo, uno de los Santos Chocano y Cía.
Se le acusa de comunista; ¡Delito terrible e incomprensible de querer pensar en una tierra de sacristanas, militaresjos y versadores lunizantes y lacayos!

Compañeros: Es imprescindible que MARIATEGUI sepa que estamos con él y sufrimos por él: ¡Protestemos!

AMAUTA nos demostró que el Perú de González Prada no había muerto... ¡Protestemos!

Notas musicales

"La consagración de un músico mediocre: Honneger"

HASTA ayer negábamos a los críticos fósiles; véase de lo que son capaces los jóvenes.

Después de Salas Subirat, cuyo reciente libro, «A cien años de Beethoven» es una irrefutable prueba de la existencia del vacío, aparece por ahí un zogoibi que en la «Revista del Pueblo», (n.º 8), trata de espantar a la humanidad con un artículo titulado «La consagración de un músico mediocre: Honneger». Trátase de Leonidas Barletta, metido a crítico gracias al método Maclair, especie de bomba neumática para inflar analfabetos en materia de arte.

El señor Barletta, autor de «Vidas perdidas», título que, singularizándolo, debiera de conservarlo para su autobiografía en caso de continuar haciendo crítica, se ha enojado mucho porque Victoria Ocampo y el maestro Ansermet gustan de Honneger y quieren imponérselo; y como de empezar, hay que empezar bien, comienza por no entender el significado que da Ansermet a esta frase, procedente de un artículo publicado en la revista «Nosotros»: «El secreto de su seguridad de estilo, — de Honneger — la fuente de su fuerza y de su riqueza de expresión está en que ha sabido reencontrar a través de una fuerte influencia espiritual de Debussy, la fecunda y robusta tradición de Bach».

Es decir, que Honneger, reaccionando contra Debussy (del cual sufre la influencia en la «5 piezas para piano», por ejemplo), supo desligarse, y remontando la tradición, asirse a las fecundas enseñanzas de un Bach. (Haciendo en esto más o menos lo que Hindemith, Casella y Stravinsky).

No es posible dar otro sentido a la frase de Ansermet, pues fijándonos en el «Concertino», en el «Canto de Pascua» o en «Roi David», vemos que todo: ideas, desarrollos, plan tonal, armonías, son completamente ajenos al debussyismo, incluso la orquestación, concisa y ruda, y hasta las características gráficas de la escritura, francamente diatónica.

Pero Barletta, para quien todo eso es sánscrito, creyó que se trataba de un caso de eclecticismo vergonzante, tiró, y... le salió el tiro por la culata. Mal comienzo, amigo crítico.

Así que a pesar de la afirmación de a contitudad hace Barletta, de que Honneger no es una novedad, puesto que sólo es una «para mí incomprendible mescolanza Bach-Debussy», convenimos en lo contrario, pues posee dicho compositor las características apuntadas, nuidas a un modo muy personal en la expresión, que lo hace inconfundible.

Es curioso observar, aunque sea de paso, que Barletta tiene un concepto del público parecido al del cocinero más músico que haya existido: Rossini, quien creía que el público era rey y había que servirle.

Para Barletta, el hecho de que el público no guste de una obra, significa que ella es mala. «¡El público ha hablado! ¡Suprema razón del arte!», dice Romain Rolland; pero a nuestro crítico de pega jamás se le habrá ocurrido que la misión del artista es conducir al público y no dejarse guiar por él. ¿No comprende que el mismo rebaño que silbó el «Concertino» aplaudió a rabiar el «Triste y Gato» de Aguirre, los «Jardines», de Athos Palma y otras cosas incalificables?

Y respecto de Ansermet, señor mío, no es falta de carácter, como usted dice, lo que le induce a incluir ciertas novedades en los programas, que al no entenderlas, cree usted que han sido incluidas para satisfacer a los snobs; el propio Ansermet, la tarde en que el «Concertino» fué silbado por algunos idiotas wagnerianos, pronunció ante el auditorio unas cuantas palabras llenas de juicio: «nadie está obligado a escuchar lo que no le gusta, pero mi misión es hacer conocer lo nuevo, y la cumpliré».

¿O pretende usted que nos poseamos la vida, oyendo el preludio de «Tristán» o la overtura

de «Tannhäuser»? Pero volvamos a lo público. A continuación, el propio Barletta nos habla de la incultura del público nuestro... salvo en el caso en que piensa como él, para terminar afirmando que todos los que alardean de poseer alguna cultura musical hablan en falso... salvo él, claro está, pues de lo contrario no hubiera escrito diez páginas de burradas, (su género predilecto y que domina, según vemos), para babosear valores indudables.

De donde deducimos una vez más, que el arte no es para todos; y que la misión de los que no saben, no sienten o no comprenden, es callar, callar siempre. Pero como si eso sucediera, esas gentes estarían siempre mudas, he aquí que hablan, y ya vemos el resultado. ¡Y pensar que hasta ayer negábamos a un De la Guardia!

Referente a las mujeres históricas y de los invertidos que pululan en las salas de concierto, snobs y literatiles de toda especie, nada tienen que ver Ravel, Honneger o Malipiero con ellos, pues no tienen culpa alguna de las manifestaciones que provocan. Sabido es que el mismo Debussy decía que los debussyistas lo mataban.

Ese modo de juzgar a u narte por los efectos que produce en el público es completamente idiota, y muy digno de los sucesos de Maclair; hay que juzgar las obras por los valores que encierran, señor, cosa de que es usted incapaz, dada su ignorancia en la materia de que trata. Y eso que sólo posee «incipientes conocimientos musicales», según anuncia, lo que no obsta que se atreva con un Honneger; pero, como dijo Mirbeau en cierta ocasión, a propósito de las difamaciones al «Balzac» de Rodin, «las catedrales góticas aún se sostienen en pie, aunque los perros hayan orinado sus cimientos».

A continuación vuelve a tomársela con Ansermet, de quien cita este párrafo: «me sentiría harlo peplejo si debiera decir lo que es la música de Honneger». Esto lo dice un maestro, fíjense ustedes bien, cosa que no impide que más adelante el propio Barletta se crea con suficiencia para explicarnos todo por su cuenta; pero antes se molesta porque Ansermet pone como ejemplo de incompreensión de un artista, el caso de Wagner, y comenta: «Wagner innovaba; deshacía el trabajo de muchas generaciones». «La música de Honneger repele a toda persona de salud normal».

Efectivamente; el almacenero de la esquina de casa, que posee una salud a prueba de bomba, también me ha manifestado su desagrado por la música honnegeriana; así que ya lo saben ustedes; quien posea una salud normal, puede juzgar cualquier cosa, sintiéndose sabio, sensitivo, inteligente y comprensivo. El ejemplo de Barletta es bien patente.

Y volviendo a lo de Wagner diremos que no deshacía el trabajo de sus antecesores: lo continuaba; y hoy, que podemos juzgar su obra con más serenidad que en su tiempo, tenemos la prueba, pues la vemos no como caso aislado, sino como lógica continuación de Weber, Glück, Beethoven, Bach y hasta Monteverdi.

Lo que es realmente raro es que una persona que goza de salud normal guste del misticismo sensual, de filosofía imprecisa y literaria, «fin du siècle», del maestro de Bayreuth, cuya música necesita siempre etiqueta extramusical para entenderse.

Luego viene la crítica a las obras de Honneger, y de la negación en bloque pasamos a los detalles. Así me gusta; la sutileza es el arma de los ligeros, de los Ariel, de los que vuelan con dos alas y no caminan en cuatro patas, aunque a veces lo parezcan.

Nada puede objetarse a lo de la «falta de originalidad e inspiración» en Honneger; sería perder el tiempo; traten ustedes de explicar a un ciego lo que son la luz y el color.

Barletta no ha entendido ni pizca del «Pa-

cífico». En este «movimiento sinfónico» sólo ha percibido la parte objetiva, la imitación de los ruidos de la locomotora, al modo de los palardos que en los «Murmillos de la selva» sólo perciben los ruidos del viento y el canto de los pájaros, escapándoseles el lirismo, la vida interior de la obra; eso pasa en naturalezas groseras y faltas de imaginación: tomar el aspecto por finalidad.

«Todo es exterior, superfluo, combinado en forma caprichosa». Que cite el señor Barletta las fórmulas superfluas que haya encontrado en Honneger, modelo de sobriedad en los medios expresivos; en cuanto a las combinaciones «en forma caprichosa», es posible que se refiera al trabajo contrapuntístico, que toma por algo ultramoderno y que no es más que un retorno a lo clásico. Luego se pregunta ingenuamente, ¿es ésta música pura?

Sí, señor, lo es porque no responde a ningún plan literario como la música de Wagner a quien usted apoya sin embargo (y duda todo son terceras intenciones con sus correspondientes etiquetas literarias).

Usted, falto de sensibilidad para dejarse arrastrar por el lirismo épico de «Pacífico», se quedó al principio del viaje, en la misma estación de partida, con los ruidos de la locomotora en la cabeza.

En «Roi David», obra de sostenido aliento, donde resulta difícil especificar qué trozo es inferior a otro; obra clásica por su realización, plena de vida, donde en algunos trozos se eleva Honneger a la verdadera epopeya, («Danza de David ante el Arca», «Coronación de Salomón y muerte de David»), sólo ha visto que «falta la elocuencia serena y justa de la sinceridad», olvidando que un idiota puede ser muy sincero y no ser por ello menos idiota.

(Yo, personalmente, no dudo de la sinceridad de nadie). Y Vuillermoz, al decir que en «Roi David» se muestra Honneger tal como es, pues por falta material de tiempo no pudo buscar «elegancias indiscretas» ni tampoco poner en evidencia su «estética a la moda», se da con una piedra en los dientes, pues para honra de Honneger, siendo ésta su obra mejor hasta hoy, es la más simple, demostrando con ello tener fibra de gran músico. Huelga decir que Vuillermoz, sucesor del Conservatorio y admirador intransigente de Debussy, «Fauré y Ravel», de la refinada tradición francesa, está un poco fuera de plano para juzgar a Honneger, el polo opuesto de sus predilecciones.

Este es precisamente el gran mérito de la obra honnegeriana: la vuelta a la «masculinidad» en la música, perdida durante treinta años de debussyismo; significa la reacción contra lo indeciso, lo morboso en música.

¡Y Barletta, hombre de salud normal no ha visto eso, y en cambio piensa que el «Canto de Pascua», lleno de concentración religiosa y verdadero modelo de síntesis, de arcaísmo inspirado en los antiguos, es fúnebre y monótono, cuando, debió ser un «canto alegre y dichoso»...!; él quería, sin duda, una «Pascua» a lo Rimsky Korsakow, llena de colorín, de virtuosismo orquestal y de superficialidad.

«Hay un género de farsa—dice Maclair—que consiste en proclamar que un jazz-band es más musical que una página de Mozart. Lo maravilloso es que se encuentre gente para creerlo». (Citado por Barletta).

Nada más exacto. Pero en cambio existe también un género de sinceridad que consiste en macanear sinceramente y en hacer sincera literatura acerca de cosas ajenas por completo a ella. (Método Maclair, para uso de diletantes). Por fortuna al final del artículo hay algo bueno, que es la definición de ciertas novedades; una cosa vieja vuelta del revés, como un traje del año pasado. Pero por buena que sea una definición, nada vale cuando está mal aplicada, que para hacerlo hay que tener cierta inteligencia además de preparación en la materia de que se habla; es decir, no ser un ignorante.

JUAN CARLOS PAZ

NOTAS PURGATIVAS

La renuncia de los redactores de «La Nación»

MAL informa los, dime como renunciastes a los redactores de «La Nación» como acto de solidaridad con un compañero despedido a causa de falta de respeto a la Santísima Virgen María, nuestra señora. No ha sido así. Se ha comentado en el café; se hicieron algunos chistes, pero la cosa no pasó a mayores.

Por lo tanto pedimos disculpa por los elogios tributados a los señores redactores de «La Nación», y felicitamos a su digno director por el fidel personal de que dispone. Será el señor director un memo, pero al fin—hagamos justicia—sabe bien con qué bueyes ara.

Estrambote —

Recordamos —indiscreta memoria— que hubo en Buenos Aires, hace años, una verdadera huelga general, que duró una larga semana. Todo vehículo dormía, y los pasos de la gente llenaron las calles portañas con un murmullo inusitado e impresionante. Al fin, después de varios días de paro absoluto, aparecieron algunos carros ante la indignación de todos.

«Voy por pienso»

Explicaba al pasar el improvisado letrero. Y entonces la indignación convertíase en mirada compasiva siguiendo detrás de los pacientes y neutrales mancarones.

Noél larretza y «La Nación» lo respalda —

EL ex-intendente Noél, ante el éxodo de Larreta, se había dicho: «¿Qué se necesita para ser un gran novelador?» Y se habrá respondido: «1.º Tener dinero, porque a un escritor de dinero no le faltan críticos amables. (Ejemplo: Larreta y todos los argentinos y extranjeros que en «La Nación» o en «Crítica», le han doblado la flexible espina dorsal para decirle lo que no le hubiesen dicho a Cervantes). 2.º Para ser gran novelador es necesario ser hombre respectable. Larreta fué ministro argentino en París—se habrá dicho Noél,—a Larreta lo pintó Zuloaga; bien; yo, Noél, he sido intendente y me puedo hacer retratar por Collivadino, por lo menos. ¡Yo puedo, entonces, ser un gran novelador!»

Y escribió una novela sobre Don Juan, la que, naturalmente, tendría que ocurrir en España y en mil setecientos y pico, porque a estos escritores ricos y espectables les ocurre que no saben escribir sobre la época y el país en que viven y al que ven y al que oyen todos los días. (Ejemplo: Larreta, otra vez. En «Zogoibi» se pretende pintar la pampa y sus tipos actuales, y la pampa le ha resultado un jardín con bibelots).

Manduca entre nosotros, un escritor gallego, Xavier Bóveda, una calamidad metafísica (leer los poemas que publica en «La Prensa» de los domingos). Xavier Bóveda es el mismo que dedicara un libro de poemas, o lo que fuesen, al presidente Alvear... con una dedicatoria tan servil que ya se la envidiarían todos los palacios de todas las épocas. Xavier descubrió a Noél, es decir, Noél se dejó descubrir por Xavier en su revista «Síntesis»... síntesis de vacuidad. «La Nación» anuncia, como sólo «La Nación» sabe hacer estas cosas, al nuevo escritor que nos ha nacido, para dar lustre a la innumera falange de escritores burócratas que ya poseemos. Publica un capítulo de la novela y comenta su aparición como si fuese la de un nuevo astro en el desierto celeste de nuestra literatura.

Está trompeteando la aparición del Don Juan en libro. ¡Tendremos sobre nuestras cabezas, pendiente de la ingenuidad pública, otra espada de Damocles, dispuesta a caer y fulminarnos, haciéndonos creer que en la Argentina existen dos genios!

Es preciso esperar la aparición de la novela del ex-intendente. Nosotros, y con nosotros, los espíritus libres, que no faltan, afortunadamente, y que nos han acompañado en nuestra cruzada higiénica contra «Zogoibi», para juzgar a este nuevo larretziano.

Y ellos, los plumíferos destiladores de alabanzas, para reverenciar a Noél como reverenciaron al otro.

Por nuestra parte, adelantamos la intuición de que se trata de otro adefeso, como novela, y de otro bluf, como escritor. ¡Cuando «La Nación» respalda!... ¡Cuando un Xavier Bóveda apadrina!... ¡Cuando un ex-intendente es el que escribe!...

¡Libertad! —

UN verso del himno nacional argentino dice: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Hermoso, conmovedor! Nuestra Constitución, la más libre del mundo—según Carles o Luques—proclama la libertad de imprenta, la libertad de palabra, la libertad de reunión, y todas las libertades que se quieran «leer».

El político español Rodrigo Soriano—con el cual no simpatizamos, a pesar de su destierro—, quiso hablar mal, es decir, la verdad, del mancuete Alfonso, rey de «las Españas»... No se le dejó. El himno canta: ¡libertad! la Constitución proclama todas las libertades... pero no la de hablar mal da Alfonso XIII. La colonia española podría sentirse vulnerada. Por que: ¿quién de los horteros enriquecidos que la constituyen no se siente primo del imbécil borbónico?

Rodrigo Soriano: Váyase a Nueva York. ¡Allí sí va a ver la libertad... en estatua!

Un llamado de los escritores franceses

A todos los hombres no pasatistas del mundo

DICE: «Dos hombres, Sacco y Vanzetti, han sido condenados a muerte por hechos tan mal demostrados (105 testigos contra la acusación; 2 por la acusación, un profesional del robo y una prostituta) que de remisión en remisión—con la esperanza de una prueba de culpabilidad no encontrada aún—han pasado casi seis años.

Nunca, en los anales judiciales del mundo, pasó una espera tan larga entre el veredicto y la conclusión. Son casi dos mil días, dos mil noches que estos desgraciados (que no han cesado un solo instante de protestar su inocencia) viven en la inminencia del suplicio.

Conmovidos por esta situación anormal del aumento del agravio que semejante espacio de tiempo agrega a una condena pronunciada en la incertidumbre, y de la cual, nada posteriormente vino a probar que fuera fundada, los suscriptos apoyan los votos de los condenados de que se decida definitivamente sobre su suerte: la muerte que les hará mártires o la libertad que los tornará ciudadanos.

Firman:

Comtesse de Noailles, Séverine, Maurice Donnay, dell'Académie Française; Lucien Descaves, Courteline, J. H. Rosny senior, dell'Académie Goncourt; Pierre Benoit, Clément Vautel, Romain Rolland, Léon Frapié, Maurice Rostand, Ponnat Istrati, Georges Pioch, Georges Ponsot, Victor Suell, Pierre Hamp, Victor Marguerite, Pierre Bertrand, Paul Reboux, Henri Barbusse, Léon Werth, Jean Piot, Jean Rostand, Charles Vildrac, Georges Duhamel, Henri Béraud.

ENVÍO especial: A todos esos que prosti-tuyen su pluma por unas colaboraciones más o menos pagadas; a todas esas tertulias de café donde se cuera stotoyce a todo el mundo, donde el enuquismo se oculta tras el chisporroteo de los chistes de todo calibre; a esos que ocultan su vacuidad moral detrás de un vanguardismo de retórica; para su vergüenza privada, si la tienen.

Nosotros los campaneros, que queremos un arte libre, expresión de espíritus libres, unimos nuestra voz para protestar contra una de las tantas injusticias que aflan al mundo.

Campo de Agramante

Esta carta-réplica del pintor Pettoruti, fué enviada reiteradamente a Martín Fierro. No se le dió acogida en el periódico libre vanguardista. Es por eso que al enviárnosla se publica con tanto retardo.

A MIGO Méndez: ¡Te confesaré que tu indignación exhibiendo una cara muy fea por el suelto publicado en «Omnia» relacionado con mi personalidad artística, no me divirtió ni un poquito? Y hubiera debido ser lo contrario. No te alarmes. Me propongo decirte amigablemente los motivos que pudieron sobrarre parra reirme de tu indignación. Jamás deseaba yo, que se dijera que pudo agitarse nuestra cordial y vieja amistad por la justa jurisdicción de un bombo de más o de menos, como tú parece hacer cuestión... ¿Que esto te toca a ti, y esto no me toca a mí? Jamais de la vie. Disculpa mi francés cocoliche.

Empecemos con mis sacrosantos motivos: 1.º, no está a mi alcance impedir a nadie que me fusile o me ensalce con los tremendos disparates que se les ocurra; ¡qué papel me toca desempeñar? ¡El de hombre furibundo que da pata! Ponte en la razón, y comprenderás que es un absurdo. 2.º, me explicaría que todos esos elogios—se los regalo al mejor postor—al habers publicado en cualquier órgano de reconocida autoridad moral y estética, hubiesen merecido el honor de la reproducción en «Martín Fierro». Pero una revista, que tiene la misma importancia de difusión y de lo otro, como unas «Brisas de Cucha-cucha», hay que convenir que no tenía razón alguna de ser. 3.º, examinando la desahogada calidad de esos elogios,—tú mismo lo comprendes—y de paso dices, se destruyen por sí mismos. La exageración desmesurada, como en este caso, lleva en sí misma, lo grotesco y lo ridículo que la aniquila. Decir que por mi influjo «se» transforman la arquitectura, la prosa, la poesía y la escultura», es como si se dijera de tu estro poético que ha influenciado las industrias siderúrgicas, las artes agropecuarias y la destilación del aceite de cacahuete.

Quíreme bien, y confiesa que esta vez el celo con que desempeñas tu rol—por cierto eficazísimo—de metteur-en-scène te cegó un poco, y tañiste el violón de Ingres, sin querer. Humamum errare est.

EMILIO PETTORUTI

EXPOSICIONES, Etc.

Salón Florida —

De la montonera de cuadros aquí reunidos, de la balumba de nombres que representan y de lo heteróclito de las afectaciones y maneras que se desprenden de este conjunto, nos complaceremos en escoger los que denotan poseer una relevante personalidad espiritual: son Basaldúa, Nora Borges, del Prete y Xul Solar. Estos artistas, se destacan, entre todos los expositores, como una constelación aparte. No habrá más remedio que hablar de ellos.

Aunque el nombre de este pintor—quien vive en París—viniere más de una vez a la punta de nuestra pluma, este retrato que pintó y le regaló a su colega Víctor Pissarro, ha de darnos margen para extendernos en algunas consideraciones.

Es probable que la mayoría de los pintores no se haya percatado de la lección de pintura de miras honestas que tal obra entraña. Resume ella, una serie de preocupaciones exclusivamente plásticas, que limpiamente culminan en un fuerte carácter, al que no se buscó expresamente, sino por la valorización del modelo. Menos charada o más claro: contrariamente al modo trillado de las mentalidades comunes, al enfocar el personaje, no se quiso derivar por la resbalosa senda de las elucubraciones psicológicas. Ha de decirse entonces que la gestación, de este retrato hubo de regiría un concepto definido y claro: sobre todo el de no transgredir los dominios de la pintura pura. Fué el resultado de una imagen plástica, y no la de una idea literaria, o sea anecdótica, ya de sentimiento y de asunto. Pongamos por caso: si un pintor, un músico comienza por cumplir ri-

gicamente con las leyes de su pequeño universo pictórico y musical, es probable que, lo demás, le sea dado por añadidura. Por lo menos será una base fundamental por sí sobre ella se quiere luego erigir la metafísica de un espíritu. Basaldúa, por ejemplo, ya empieza por el anhelo de poseer esa base. Y ésta su composición se distingue por una pintura fluida, sintética y de gran aliento, por la armonía del juego de sus grandes líneas, huidizas del detalle local, y por la coloración, ligeramente dramática, como conviene a la atmósfera del personaje retratado. En fin, es una nota pictórica verdaderamente viril. ¿Influencias cezanneas? ¡Bah!...

Nora Borges, también ella, en un manifiesto publicado en «Martín Fierro», conluga a pies juntos con la pintura pura. Pero dotada de una sensibilidad más literaria que plástica, se inclina hacia el sentimiento anecdótico religioso—más bien católico—y hacia lo decorativo, tomado ya como ornamentación. Lo evidencia el arabesco de sus líneas que siempre tienden a la curva turgente y las volutas y espirales erotizadas. Es innegable el gusto casi exquisito de cierta voluntaria estilización de la línea y del color. Dilyé, pues un poco esta voluptuosidad de niña candorosa, las tonalidades tersas, casi celestiales, verdadera deliciosa fruición visiva. De esta mezcla de ingenuidad, sensual, catolizante, fluye de sus cuadros no sabemos qué de poético, eminentemente femenino. Muy pronto se hizo una fisonomía pictórica un tanto afectada y ceceosa. ¿Es bueno o malo tener una máscara y un rostro?...

Frente a del Prete de una inquietud nunca saciada, que pugna por manifestarse lo más poéticamente posible, no podemos más que confirmarnos en nuestros juicios optimísticos anteriores. Este lienzo de arranques bruscos, naturalidad en ebullición, de factura apasionada, que nos da la versión de un paisaje nuboso que parece gesticular interiormente, representa el noble esfuerzo de un gran temperamento de colorista, quien aún no supo coordinar o subalternizar sus sensaciones pictóricas. Sin embargo abstrayéndonos, en su entonación general, hay una variación de tonalidades de una infinita delicadeza, algo que no encontráramos en sus obras anteriores, sino excepcionalmente. Volveremos a ocuparnos de del Prete por lo que ha expuesto en el Salón de Acuarelistas.

Llegamos a Xul Solar, *magnum* hombre y *magnum* inteligencia. Cuando nos alejamos en la contemplación de la obra pictórica de Xul, inconcientemente pensamos en los poetas herederos de cuentos de hadas. En su *Terribilidad de bon enfant*, existe tanta frescura de espíritu, un anhelo tan infantilmente grande de asombrarse y divertirse—y asombrarnos y divertirnos—con la euforia de sus ensueños mentales que, por el contraste llega a lo patético, emanando de todo ello un malicioso humorismo. Un humorismo intelectual que se remonta a la fantasía creadora, resolviéndose en un cuento de hadas estrofalario, estrambótico, cuyos *dramatis personae*, está compuesto por un mundo de infusorios oníricos. En sus sutiles acuarelas el color canta con resonancias alucinadoras. Es este ambiente submarino de glauca pesadilla, de transparencias vítreas, lo que da más carácter a su obra total. La verdad, Xul es un fino miniador de ensueños sabiamente caóticos. Una de sus últimas acuarelas, además de la del *Rey*, era de una plenitud armónica destellante.

Pero Xul, pintor *per se*—según propia confesión—es un escritor de una pureza idiomática única. Lo demuestra su traducción última en «Martín Fierro». Del grupo martinfierrista, no es Borges, ni muchos de ellos, el escritor de más puro acento y de sólida cultura lingüística y universal, sino Xul Solar. Es el genio de la casa.

XIII Salón de Acuarelistas

A pesar de la superabundancia de obras—291—que ocupan todas las salas del Salón Nacional del Retiro, poco o nada nos ha sugerido la contemplación de todas ellas. Como vendedores y

orecchianti—el color para algunos tiene también sonido—somos incansables en pescar nuestra sensibilidad por cuadros buenos o malos. Creemos que se debe ver con la misma recogida atención uno y otro género de pintura: la de los chambones y de los menos chambones. Por este campeonato de paciencia bíblica y *jobiana* nuestros colegas los pintores nos podrían ya discernir una medida. Y no obstante toda nuestra buena voluntad en encontrar no algo extraordinario o mirabólico, sino lo que fuera solamente pasible, hemos de contentarnos con mucho ruido porque exaltata «el pleno y absoluto goce de la vida». Contra la acusación de pornografía se defendió el autor mismo más tarde escribiendo que «para la novela fue una contrariedad el momento de la publicación: cuando apreció la literatura rusa adórgabase en un mar de obras pornográficas y hasta homosexuales y esta sociedad salpicó también a *Sanin*». La novela, al publicarse en traducciones alemana y húngara, fué confiscada. En Alemania, el proceso contra *Sanin* tuvo caracteres hasta espectaculares, y el editor Muller, —que después publicaría en alemán todos los libros del autor—coleccionó en un volumen todo lo referente al proceso (1909). Naturalmente, hubo exageraciones de ambas partes, como sucede siempre en casos parecidos; si los acusadores fueron feroces y no dejaron de utilizar ningún argumento en contra la novela, en su empeño de destruir la obra, sin siquiera respetar lo que todavía hoy tiene valor; el arte descriptivo, los defensores fueron igualmente excesivos y las leas con que el nombre de Arzibachef fué cubierto para llevarlo junto al de los grandes escritores rusos del siglo XIX, hoy se nos aparecen totalmente fuera de lugar. De todos modos, a pesar de dichos excesos, *Sanin* no puede ser considerada como obra pornográfica, y si el tema fundamental de la plenitud de vida, de la salud elemental de alegría vital, llega teóricamente al exceso del «todo está permitido», se le debe acusar que la realización artística no le haya resultado perfecta, y no que el autor busque corromper y que exalte la depravación, como se dijo. El mismo tema, en el cuento *Sangre*, menos teóricamente tratado, fué sin embargo magníficamente realizado desde el punto de vista artístico, y con la atmósfera embriagadora de luz y de alegría todos sienten que es hermoso vivir. Y también en el cuento *La Esposa*, tiene un colorido y un tono diferente los elementos que después fueron llamados «saurísticos».

En Arzibachef, al período de *Sanin* sucede un período de pesimismo; en todos sus cuentos domina la muerte, y hay asesinos, suicidas, enfermedades que no perdonan, etc. El suicidio se hace el tema predominante del escritor: así, en *El Terrible Golobof*, donde sin embargo la teoría del suicidio es clara y tranquila, y no pretende ser la única solución posible en el problema del sentido de la vida. También la novela *Hacia el extremo límite* debió ser titulada *El Club de los Suicidas*.

Representación bastante exacta de la vida durante la primera generación rusa del siglo XX, la obra de Arzibachef, si no merece la exaltación que provocó y sostuvo durante algún tiempo, tampoco merece el tono irónico de desprecio con que una parte de la crítica reciente considera en bloque toda su producción. Entre los narradores rusos del primer cuarto de siglo, él tuvo su misión, su función, y la riqueza y vivacidad de su material descriptivo (debido a una instintiva pasión del escritor por la pintura) podrán todavía enseñar algo a las nuevas generaciones. De las generaciones precedentes, tomó y usó algunas doctrinas, como en *La muerte del estudiante Landó*, donde hay el entusiasmo por la doctrina de Tolstoy sobre la no resistencia al mal. También Dostoiewsky con su *Príncipe idiota*, debió influir en la creación del estudiante nombrado. En la novela *Hacia el extremo límite* se descubren influencias tolstoyanas (de «La muerte de Ivan Ilich»), dostoiewskianas (de «Los endemoniados») y nietzschianas. Los mismos problemas ético-sexuales encontramos en sus trabajos teatrales, en la famosa trilogía: Celos, La ley del feo, y Enemi-

gos; el primero de los cuales ha conquistado los escenarios de todo el mundo.

Erroneo Lo Garro

(Tradujo Roberto Mariani).

Bibliografía

La Evolución Religiosa de la Humanidad, por Ricardo Kreglinger—

EN un libro bien compuesto «Ediciones Bibles» de Madrid, presenta «La Evolución Religiosa de la Humanidad» por Ricardo Kreglinger.

La cubierta, la tapa y las decoraciones interiores sintéticas y simpáticamente llamativas nos muestran a Gabriel Maroto como uno de los buenos ilustradores de libros de España. Nadie mejor que él con sus vigorosos dibujos para decorar este libro.

Este consta de un estudio sintético de las religiones y dos apéndices que enriquecen la obra; y como se lo propuso el profesor Ricardo Kreglinger, van desfilando cinematográficamente las distintas etapas de la Humanidad con sus luchas, inquietudes, abnegaciones y conformidades en su incesante afán de perfeccionamiento, puesta su fe en un futuro luminoso.

Esta obra ha sido bien traducida por Angel Pumariega.

Hemos recibido «La mitra en la mano» de R. Blanco Fombona y «María Magdalena» de Angel Samblancat.

Correo del Piccolo Navio

«CLARIN». Córdoba. — ¡Albricias! Regocijémonos: no siempre LA CAMPANA DE PALO causa disgustos y amarguras. Un suelto nuestro, «Pompierismo pasatista y vanguardista», hizo que los redactores de «Clarín», se creyesen y se sintiesen *alguones*, en el mesquinísimo mandillo intelectual. En consecuencia nos tildan de *cagatintos, canes y carpeteros*. ¡Encantados! De quienes protegen a Monet, y dicen del autor del «Centauri herido»: *pobre Bourdelle*, preferimos los insultos. Esto para que ni por un momento se ilusionen ser *camaradas nuestros*, arriándonos de repente, una de esas leas de ida y vuelta, como suelen hacerlo entre ellos. Un millón de gracias por haber hecho improbable ese feo perancee...

DER STURM. — Director: H. Walden. Postdammerstrasse 138. Berlín.

LE ARTI PLASTICHE. — Via Brea 7. Milano. — Italia.

REPERTORIO AMERICANO. — Apartado Lettera X. — José de Costa Rica, C. A.

AMAUTA. — La más reciente revista peruana. — Subscríbase. — Casilla 2107. Lima, Perú.

“ROMA”

Compañía Italo-Argentina de seguros generales

BARTOLOMÉ MITRE 459
U. T.: 33, AVENIDA 2523

Capital totalmente suscripto:
Un millón de pesos moneda nacional

E. Leidi, Porta y Cia

IMPORTADOR

Pinturería en general

TALLER DE MARCOS

C. T. 2400, Central—U. T. 4859-38 Mayo

Fuertes descuentos en sus compras a los lectores de la «Campana de Palo»

ALSINA 1677-79